

CARTAS OFICIALES SOBRE LA UNIÓN DE UŽHOROD

CARTA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II AL OBISPO IVÁN SEMEDI,
CON MOTIVO DEL 350 ANIVERSARIO DE LA UNIÓN DE UŽHOROD¹

*A nuestro Venerable Hermano
Iván Semedi
Obispo de Mukačevo*

1. La noticia de la celebración, el próximo año, de los 350 años de la Unión de Užhorod, me llenó de una inmensa alegría, porque es una nueva señal de la profunda unión de los católicos rutenos a la Sede de Pedro.

2. La unión establecida el 2 de abril de 1646, en la iglesia del castillo de Užhorod, por 63 sacerdotes de la eparquía de Mukačevo, con la profesión de fe hecha delante del obispo latino de Eger, se insertó en la estela del movimiento originado en los Concilios de Lyon y de Florencia. Tuvo lugar cincuenta

1 Carta traducida y revisada por el profesor J. M. Fernández Rodríguez de su versión francesa publicada en la revista *La Documentation catholique*: JEAN-PAUL II, «Lettre á Mgr Ivan Semedi pour le 350° anniversaire de l'Union d'Užhorod (25 mars 1995)», en: *DC* 92, n. 11 (4 juin 1995) n. 2117, 543-544. La carta ha sido publicada en versión latina e italiana en la página web oficial de la Santa Sede, en línea: http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/letters/1995/documents/hf_jp-ii_let_19950325_mons-semеди_it.html (Consulta del 2 de abril de 2014, festividad del beato Guillermo (Vilmos) Apor, (obispo y mártir en Hungría) y del papa beato Juan Pablo II).

años después de la de Brest-Litovsk, cuando vamos a celebrar el cuarto centenario el próximo año. Así, todos los católicos de la región se unen hoy especialmente para dar gracias a Dios por el don de la unidad católica. Aunque la semilla sembrada en ese día necesitó tiempo para extenderse, la erección de la eparquía de Mukačevo en 1771 fue la cuna de la que salieron las eparquías de Prešov, de Hadjódorog y Križevci. Más tarde, debido a la gran emigración hacia los Estados Unidos, se erigió la Metropolía de Pittsburgh de los Bizantinos, con sedes sufragáneas de Passaic, Parma y Van Nuys.

3. Ahora, la celebración del aniversario de la Unión de Užhorod servirá para fortalecer los vínculos históricos entre todas las eparquías que son como las ramas, para una nueva floración del árbol que ha extendido sus raíces en la fértil tierra de la unidad católica. La comunidad rutena será así fortificada para «cumplir con un renovado vigor apostólico la misión que le ha sido encomendada» (Decreto *Orientalium Ecclesiarum*, 1), en particular para promover la unidad de todos los cristianos, «con la oración, con el ejemplo de vida, con la religiosa fidelidad a las antiguas tradiciones orientales, con un mutuo y mejor conocimiento, con la colaboración y la fraternal estima de instituciones y mentalidades» (Decreto *Orientalium Ecclesiarum*, 24). La afirmación de la identidad propia está destinada a ser una prueba de los espacios que se abren en la Iglesia universal a las diferentes tradiciones. Si puede existir un motivo de enorgullecimiento, que sea el de la fidelidad a todo el propio patrimonio, al servicio de la perseverancia en la fe, de una esperanza reforzada por las pruebas, de una caridad cada vez mayor.

4. No me cabe duda de que las celebraciones del Jubileo serán, pues, la ocasión para reflexionar sobre los orígenes de la comunidad rutena, para constatar el exitoso desarrollo a lo largo de los siglos con el fin de afrontar con renovado ímpetu los desafíos del mundo de hoy. A través de una nueva evangelización, se podrán redescubrir los valores de la fe, difuminados por tantos años de materialismo ideológico y práctico. La libertad civil recuperada no es suficiente por sí misma para garantizar la verdadera libertad interior, ya que ésta requiere de un trabajo perseverante de conversión personal y eclesial. En particular, las familias que pudieron transmitir sus propias

tradiciones, arraigadas en la herencia cultural de la Subcarpatia, ahora deben renovar su vocación cristiana transmitiendo a las nuevas generaciones los valores religiosos perennes de la fe, en la fidelidad a su vocación de «Iglesias domésticas» (cf. Constitución *Lumen Gentium*, 11d).

5. Venerado hermano, que el año que viene sea para usted y para todos los católicos rutenos una ocasión para tomar nuevas iniciativas, con el fin de que sus comunidades sean animadas por los mismos beneficios que le ha otorgado el don de la unidad. Esta unidad se fortalecerá primero dentro de cada eparquía, con los sacerdotes, los religiosos y los laicos. La adhesión a la unidad de la Iglesia universal apela enseguida al intercambio de los dones con las demás Iglesias particulares, especialmente con las de las naciones en las que las comunidades rutenas han echado raíces sólidas. Espero que estas Iglesias también puedan unirse a sus celebraciones de agradecimiento al Señor por estos 350 años en la unidad de la Iglesia católica.

6. Finalmente, tengo la esperanza de que este Año jubilar sea una etapa importante hacia el gran Jubileo del Año 2000, que verán todas las Iglesias cristianas más atentas a la escucha del Señor, con el fin de que puedan responder con mayor fidelidad a su voluntad, en un renovado movimiento de conversión, según nos advierte el Apocalipsis (cf. Ap 1-3).

7. Como prenda de las abundantes gracias por parte del Señor para las próximas celebraciones jubilaires, os imparto a usted, a los obispos auxiliares, a los sacerdotes, a los religiosos y a los laicos de la eparquía de Mukačevo, así como a los pastores y a los fieles de otras eparquías rutenas, una especial bendición apostólica.

*Vaticano, 25 de marzo de 1995,
decimoséptimo año de mi pontificado.*

Juan Pablo II

CARTA APOSTÓLICA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II CON OCASIÓN
DEL 350 ANIVERSARIO DE LA UNIÓN DE UŽHOROD²

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. «Ante todo, doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo, por todos vosotros, pues vuestra fe es alabada en todo el mundo. Porque Dios, a quien venero en mi espíritu predicando el Evangelio de su Hijo, me es testigo de cuán incesantemente me acuerdo de vosotros» (Rm 1, 8-9).

El feliz aniversario del 350 aniversario de la Unión de Užhorod constituye un momento importante en el camino de una Iglesia que, con ese acto, quiso restablecer la plena unidad con el Obispo de Roma. Por tanto, es comprensible que también yo participe en la acción de gracias a Dios de cuantos se acuerdan con el recuerdo de ese acontecimiento significativo.

En la estela del Concilio de Florencia

Los hechos son conocidos: el 24 de abril de 1646, 63 sacerdotes bizantinos de la eparquía de Mukačevo, bajo la guía del monje basiliano Partenio Petrovyc, en la iglesia del castillo de Užhorod, en presencia del obispo de Eger, Jorge Jakusics, fueron acogidos en la comunión plena con la Sede de Pedro.

No se trató de un gesto aislado. Se insertaba en el camino de reunificación entre las Iglesias que había tenido su momento culminante en el concilio de Florencia (1439), cuando se firmaron los decretos de la plena comunión restablecida de las Iglesias de Oriente con la Iglesia de Roma. En efecto, fue

2 Texto original ucraniano en *L'Osservatore Romano*, 22-23 de abril de 1996. Carta publicada en su versión francesa en la revista *La Documentation catholique*: JEAN-PAUL II, «Lettre apostolique à l'occasion du 350^e anniversaire de l'Union d'Užhorod», en: *DC* 93, n. 10 (19 mai 1996) n. 2138, 461-463. Revisión, subtítulos y notas adaptadas por el profesor J. M. Fernández. La Carta ha sido publicada y traducida a varios idiomas en la siguiente dirección de la página web oficial de la Santa Sede, en línea: http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/apost_letters/documents/hf_jp-ii_apl_19960418_union-uzhorod_sp.html (Consulta del 24 de abril de 2014, festividad de san Gregorio de Elvira o de Illiberis).

el glorioso metropolitano Isidoro de Kiev (Kyiv), a su regreso del concilio de Florencia, quien se hizo heraldo, en las regiones de los Cárpatos, de la plena unidad restablecida.

En 1595 los representantes de la metropolía de Kiev (Kyiv) se encontraron con el Papa Clemente VIII; y al año siguiente, 1596, se proclamó esa unión en Brest, con la intención de dar cumplimiento al acuerdo alcanzado en Florencia. Muy pronto, el impulso proveniente del concilio ecuménico florentino llegó a los Cárpatos y, superadas algunas dificultades iniciales, se concretó en la Unión de Užhorod. Era la semilla de mostaza evangélica que, sembrada en el fértil suelo de Mukačevo, se desarrolló con el tiempo, convirtiéndose en un árbol bajo cuya sombra se reunió un vasto grupo de fieles de tradición bizantina. Confirmando esta realidad, el 19 de septiembre de 1771, el Papa Clemente XIV, con la constitución apostólica *Eximia regalium principum*³ establecía la eparquía greco-católica de Mukačevo, cuya sede sería trasladada pocos años después a la cercana Užhorod.

De ese árbol vigoroso nacieron sucesivamente, como florecientes retoños, nuevas circunscripciones eclesíasticas: las eparquías de Križevci (1777), de Prešov (1818) y de Hajdúdorog (1920). Mientras tanto, en ultramar se había hecho consistente el flujo migratorio de fieles, hijos de esa Unión. La Santa Sede, siempre atenta a descubrir los designios providenciales de Dios y a seguirlos, erigió para ellos en los Estados Unidos de América la metropolía bizantina de Pittsburgh (1969), con las eparquías sufragáneas de Passaic (1963), Parma (1969) y Van Nuys (1981).

La alegría común de las diversas eparquías, nacidas de la Unión de Užhorod, al celebrar ese acontecimiento que es la base de su identidad eclesial, constituye una ocasión magnífica para renovar la conciencia de los vínculos que derivan del origen común y reforzar el intercambio de fraternidad y la colaboración que el carácter dramático de los acontecimientos históricos ha obstaculizado durante mucho tiempo.

3 Cf. *Bullarium Romanum* IV/3 (1769-1774), 373-376.

Los dos apóstoles de los Eslavos: Cirilo y Metodio

2. Aunque la Unión de Užhorod sigue la línea de las deliberaciones del concilio de Florencia, ciertamente no es arbitrario ponerla también en estrecha relación espiritual con el contexto en el que se desarrolló la misión de los apóstoles de los eslavos, los santos Cirilo y Metodio, cuya predicación se difundió por la Gran Moravia hasta las montañas de los Cárpatos. Por tanto, los fieles de las Iglesias que tienen su origen en la Unión de Užhorod se sienten legítimamente orgullosos de participar en la herencia cirilo-metodiana.

Ya he reafirmado el extraordinario valor de la obra evangelizadora realizada por Cirilo y Metodio en unión con la Iglesia de la Constantinopla y con la Sede romana⁴, subrayando, además, que «la ferviente solicitud demostrada por ambos hermanos (...), por conservar la unidad de la fe y del amor entre las Iglesias de las que eran miembros, es decir, la Iglesia de Constantinopla y la Iglesia romana por una parte, y las Iglesias nacientes en tierras eslavas por otra, fue y será siempre su gran mérito»⁵. Por tanto, la predicación del Evangelio en la plena comunión entre los cristianos constituye una aspiración jamás olvidada que marca, aunque sea con modalidades diversas, la historia de las Iglesias que se formaron en tierras eslavas, desde el tiempo de los dos santos hermanos.

Los acontecimientos que siguieron a la Unión estuvieron cargados de sufrimiento y de dolor. Sin embargo, la eparquía, reforzada antes por la obra del obispo Jorge J. Bizancij, experimentó después un notable desarrollo en el período inaugurado por el gran obispo Andrés Bacynskyj. Por desgracia, en tiempos recientes, muchos de sus miembros han sido llamados nuevamente a recorrer con Cristo el camino doloroso del Calvario en la persecución, en la cárcel y también en el sacrificio supremo de la vida. El mismo pastor de la eparquía, el obispo Teodoro Romža, dio este testimonio, sellado con su

4 Cf. Carta apost. *Egregiae virtutis* (31 de diciembre de 1980), 1: AAS 73 (1981), 258.

5 Carta enc. *Slavorum apostoli* (2 de junio de 1985), 14: AAS 77 (1985), 796; cf. Carta apost. *Oriente lumen* (2 de mayo de 1995), 3: AAS 87 (1995), 747.

sangre, pues no dudó en dar su vida por las ovejas de su grey (cf. Jn 10, 11).

No podemos olvidar estos testimonios notables de fidelidad a Cristo y a su Evangelio, que constituyen el patrimonio precioso de la Iglesia greco-católica que se reconoce en la Unión de Užhorod. Más aún, los hijos de toda la Iglesia católica acogen con veneración este ejemplo y conservan como un tesoro esta maravillosa lección de fidelidad a la verdad de Cristo. Con corazón conmovido, la agradecen los cristianos de Mukačevo y cuantos han demostrado estar dispuestos a vender todos sus bienes por la perla preciosa de la fe (cf. Mt 13, 46).

La universalidad y la unidad de la Iglesia

3. La jubilosa conmemoración de la Unión de Užhorod brinda una ocasión propicia para dar gracias al Señor, que ha querido enjugar las lágrimas de sus hijos al término de un dramático período de dura persecución. Los ha sostenido en un período tan difícil de su historia, permitiéndoles conservar la riqueza de su tradición oriental y permanecer al mismo tiempo en comunión plena con el Obispo de Roma. De este modo, testimonian la universalidad que hace de la Iglesia una realidad multiforme, capaz de comprender, bajo el carisma de Pedro, la legítima variedad de tradiciones y de ritos que, lejos de perjudicar su unidad, manifiesta toda su riqueza y su esplendor⁶. El Papa León XIII ya reconocía esto cuando, subrayando el precioso intercambio de dones entre la tradición latina y la oriental, afirmaba que la variedad de la liturgia y de la disciplina oriental enriquece a toda la Iglesia, ilustra su catolicidad y muestra claramente «la divina unidad de la fe católica»⁷.

Por tanto, es de desear que esa porción elegida del pueblo de Dios, unida de diferentes modos con el acontecimiento de Užhorod, pueda volver a florecer con prosperidad, viviendo un presente sereno y trabajando por un futuro caracterizado

6 Cf. VATICANO II, Decr. *Orientalium ecclesiarum*, 2.

7 LEÓN XIII, Carta apost. *Orientalium dignitas* (30 de noviembre de 1894): Leonis XIII Acta, 14 (1894), 360.

por la plena libertad religiosa, la búsqueda de la reconciliación entre católicos y ortodoxos y el incansable compromiso por la edificación de la paz.

Para este fin, conviene tener una actitud de escucha dócil de las enseñanzas del concilio Vaticano II. Los padres reunidos en esa asamblea ecuménica, bajo la guía del Espíritu Santo, dieron valiosas indicaciones sobre el modo de promover el diálogo de la caridad y la búsqueda de la «unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (Ef 4, 3). Su perspectiva se expresa bien en estas palabras solemnes: «Todos los hombres, por tanto, están invitados a esta unidad católica del pueblo de Dios, que prefigura y promueve la paz universal. A esta unidad pertenecen de diversas maneras o a ella están destinados los católicos, los demás cristianos e incluso todos los hombres en general llamados a la salvación por la gracia de Dios»⁸.

4. El mismo Concilio recordó que «con ser una y única la Iglesia fundada por Cristo Señor, son muchas, sin embargo, las comuniones cristianas que se presentan ante los hombres como la verdadera herencia de Cristo; ciertamente, todos se confiesan discípulos del Señor, pero sienten de modo distinto y marchan por caminos diferentes, como si Cristo mismo estuviera dividido (cf. 1 Co 1, 13). Esta división contradice clara y abiertamente la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y perjudica a la causa santísima de predicar el Evangelio a toda criatura»⁹. Sin embargo, en estos últimos tiempos, Dios «rico en misericordia» (Ef 2, 4), ha tocado los corazones de muchos cristianos divididos entre sí, inspirándoles un deseo sincero de encontrar el camino de la plena *koinonía*. «También hoy Cristo pide que un impulso nuevo reavive el compromiso de cada uno por la comunión plena y visible»¹⁰. Los padres conciliares insistieron en el hecho de que «el restablecimiento de la unión atañe a la Iglesia entera, tanto a los fieles como a los pastores; y afecta a cada uno según su propia capacidad»¹¹.

8 VATICANO II, Cons. dogm. *Lumen gentium*, 13.

9 VATICANO II, Decr. *Unitatis redintegratio*, 1.

10 Juan Pablo II, Carta enc. *Ut unum sint* (25 de mayo de 1995), 100: AAS 87 (1995), 981.

11 VATICANO II, Decr. *Unitatis redintegratio*, 5; Juan Pablo II, Carta enc. *Ut unum sint* (25 de mayo de 1995), 101: AAS 87 (1995), 981.

Para responder a esta llamada divina, propusieron a todos los católicos ayudas y medios eficaces a fin de promover el movimiento ecuménico, con la esperanza de alcanzar la plena comunión en la Iglesia «una, santa, católica y apostólica».

La contribución de las Iglesias orientales a la unidad de la Iglesia

Las Iglesias orientales católicas pueden dar una gran contribución a esta causa, que está inspirada por la gracia divina. En efecto, les «corresponde (...) la especial misión de promover la unidad de todos los cristianos sobre todo de los orientales, según los principios del decreto (...) sobre el ecumenismo, principalmente con la oración, con el ejemplo de vida, con la escrupulosa fidelidad a las tradiciones orientales, con un mejor conocimiento mutuo, con la colaboración y estima fraterna de las cosas y de los espíritus»¹².

A este propósito, en la encíclica *Ut unum sint* he subrayado «el método que se ha de seguir en la búsqueda de la comunión plena entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa, cuestión que ha alterado con frecuencia las relaciones entre católicos y ortodoxos. La Comisión ha puesto las bases doctrinales para una solución positiva del problema, que se fundamentan en la doctrina de las Iglesias hermanas. En este contexto se ha visto también claramente que el método que se ha de seguir para la plena comunión es el diálogo de la verdad, animado y sostenido por el diálogo de la caridad. El derecho reconocido a las Iglesias orientales católicas de organizarse y desarrollar su apostolado, así como la participación efectiva de estas Iglesias en el diálogo de la caridad y en el teológico, favorecerán no sólo un real y fraterno respeto recíproco entre los ortodoxos y los católicos que viven en un mismo territorio, sino también su común empeño en la búsqueda de la unidad»¹³.

12 Cf. VATICANO II, Decr. *Orientalium ecclesiarum*, 24.

13 N. 60: AAS 87 (1995), 957-958.

El Jubileo, la humildad y el perdón de las faltas

5. La prosecución eficaz de una tarea tan noble supone por parte de las Iglesias orientales un renovado y generoso impulso en la formación de los futuros pastores, en la celebración de la sagrada liturgia como centro vital de la comunidad, en la atención constante a las necesidades de los hermanos mediante gestos de caridad concreta y en la propuesta de una catequesis que, recorriendo los fundamentos de la fe cristiana, transmita la «buena nueva» como levadura de la vida diaria, en comunión con la Iglesia universal, comprometida en la nueva evangelización, en el umbral de un nuevo milenio cristiano.

El mundo en el que vivimos «ha sufrido tales y tantas transformaciones culturales, políticas, sociales y económicas, que es preciso plantear el problema de la evangelización en términos totalmente nuevos»¹⁴. Por tanto, es necesario estudiar una «nueva cualidad de evangelización, que sepa proponer de modo convincente al hombre de hoy el mensaje perenne de la salvación»¹⁵. Sobre todo, es necesario acelerar el paso hacia la reconciliación plena entre las Iglesias y dentro de las comunidades eclesiales¹⁶. Si la Iglesia es «en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»¹⁷ y tiene una tarea que desarrollar en favor de la reconciliación de toda la humanidad, esta vocación no puede realizarse con plena eficacia mientras existan divisiones entre los creyentes en Cristo.

Quiera Dios que la perspectiva del ya próximo jubileo del año 2000 suscite en todos una actitud de humildad, capaz de

14 JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes en el VI Simposio del Consejo de las Conferencias episcopales de Europa* (11 de octubre de 1985), 1: AAS 78 (1986), 179; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 20 de octubre de 1985, 9.

15 JUAN PABLO II, *Mensaje a los presidentes de las Conferencias episcopales de Europa* (2 de enero de 1986), 6: AAS 78 (1986), 457; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 26 de enero de 1986, 9.

16 Cf. JUAN PABLO II, Carta enc. *Ut unum sint* (25 de mayo de 1995), 78: AAS 87 (1995), 968.

17 VATICANO II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, 8.

realizar la «necesaria purificación de la memoria histórica»¹⁸ a través de la conversión del corazón y la oración, de modo que favorezca la petición y el ofrecimiento recíproco de perdón por las incomprendiones de los siglos pasados.

La mirada dirigida hacia el futuro que ve «la cercanía del final del segundo milenio anima a todos a un examen de conciencia y a oportunas iniciativas ecuménicas, de modo que ante el gran jubileo nos podamos presentar, si no del todo unidos, al menos mucho más próximos a superar las divisiones del segundo milenio»¹⁹.

El recuerdo de los cristianos perseguidos

6. Ojalá que desde lo más íntimo del corazón de los hijos de toda la Iglesia católica se eleve una acción de gracias ferviente por el camino de fidelidad y de valentía por el cual el Padre ha conducido a las Iglesias nacidas de la Unión de Užhorod. El hecho de que la celebración programada pueda llevarse a cabo con la debida solemnidad y libertad es un signo de su amor. Al mismo tiempo, se ha de elevar una súplica ardiente al Espíritu Santo para implorar que llegue cuanto antes el momento en que todos los creyentes en Cristo logren dar gloria a la Trinidad «unánimes, a una voz» (Rm 15, 6). Para este feliz acontecimiento es condición indispensable que en el corazón de cada uno reine la valentía del perdón: también esta gracia ha de invocarse con perseverancia incansable.

Al acercarse el tercer milenio cristiano, el Obispo de Roma celebra con corazón agradecido este jubileo y, recordando conmovido a cuantos han sufrido hasta el heroísmo para no ser infieles a sus compromisos de fe, ofrece ahora sus penas a Dios, en comunión con toda la Iglesia, como sacrificio agradable, por la unidad de los cristianos y la salvación del mundo.

18 JUAN PABLO II, Carta enc. *Ut unum sint* (25 de mayo de 1995), 2: AAS 87 (1995), 922.

19 JUAN PABLO II, Carta enc. *Tertio millennio adveniente* (10 de noviembre de 1994), 34: AAS 87 (1995), 26-27.

La Madre de Dios, que a los pies de la cruz recibió de su Hijo la misión de velar con solicitud materna por el camino de la Iglesia; la Reina de la paz, que permitió al Verbo eterno establecer su morada en medio de nosotros para reconciliarnos con el Padre; la Virgen de Pentecostés, de cuya intercesión esperamos una nueva efusión del Espíritu de santidad, María santísima, haga sentir su presencia amorosa junto a estos hermanos y hermanas nuestros que se preparan para celebrar con alegría un aniversario tan significativo.

Al encomendarle a ella, Madre de la unidad y de la paz, esas amadas comunidades eclesiales, imparto de corazón a todos mi bendición apostólica.

Vaticano, 18 de abril de 1996, decimotercero año de mi pontificado.

Juan Pablo II

DIVINA LITURGIA EN RITO BIZANTINO-RUTENO CON MOTIVO DEL 350 ANIVERSARIO DE LA UNIÓN DE UŽHOROD²⁰

HOMILÍA DE JUAN PABLO II

Domingo, 27 de octubre de 1996

El 27 de octubre de 1996, Juan Pablo II presidió, en la basílica de San Pedro de Roma, una celebración en rito bizantino-ruteno con ocasión del 350 aniversario de la Unión de Užhorod. Era la primera ceremonia que presidía desde su salida de la Policlínica Gemelli. He aquí la homilía de Juan Pablo II, que inició en italiano:

20 Texto traducido y revisado por el profesor J. M. Fernández de su versión francesa publicada en la revista *La Documentation catholique*: JEAN-PAUL II, «Homélie lors de la célébration liturgique pour le 350^e anniversaire de l'Union d'Užhorod», en: *DC* 93, n. 22 (15 décembre 1996) n. 2150, pp. 1058-1059. Homilía publicada en versión inglesa e italiana en la página web oficial de la Santa Sede, en línea: http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/homilies/1996/documents/hf_jp-ii_hom_19961027_anniversario-unione-uzhorod_it.html (Consulta del 24 de abril de 2014, festividad de san Gregorio de Elvira o de Illiberis).

«¡Qué bueno y agradable es que los hermanos vivan juntos!» (Sal 132, 1).

1. ¡Queridos hermanos y hermanas en Cristo! Es verdaderamente bueno y agradable para todos nosotros celebrar hoy esta divina Liturgia en la tumba del apóstol Pedro, en memoria de los 350 años que han transcurrido desde la Unión de Užhorod. Juntos alabamos y damos gracias al Señor por este importante acontecimiento, que condujo a la restauración de la plena comunión de la Iglesia rutena de rito bizantino con la Sede apostólica de Roma. Al mismo tiempo, queremos invocar una vez más al Espíritu Santo, para que con su luz y su fuerza ilumine y sostenga el camino de todos los cristianos hacia la plena unidad por la cual Jesús oró en el Cenáculo (cf. Jn 17, 20-21).

El vínculo de amor fraternal, que tiene «como piedra angular al mismo Jesucristo» (cf. Ef 2, 20), está plena y perfectamente expresado por nuestra participación hoy en la Eucaristía, que es «comida de la comunión fraternal y anticipo del banquete celestial» (*Gaudium et Spes*, 38). Nos alegramos de no ser más que un «sólo corazón» (Hch 1, 14) por la fuerza de la efusión del Espíritu Santo que, en la Eucaristía, a través de la gracia divina, profundiza la comunión entre nosotros y con la Santísima Trinidad (cf. *Unitatis redintegratio*, 15).

(*En inglés*)

2. Con gran alegría os doy la bienvenida, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, fieles laicos de la *Iglesia católica rutena de rito bizantino*. Ustedes son los herederos de la actividad evangelizadora de los santos Cirilo y Metodio, apóstoles de los eslavos y, al mismo tiempo, los herederos del acto de unión eclesial celebrado hace 350 años en la capilla del castillo de Užhorod, en la Transcarpacia de Ucrania, que entonces pertenecía al Reino de Hungría. Fue un acto de fe y confianza profunda. Fue un comienzo lleno de promesas. Fue un gesto de valentía espiritual que condujo, bajo el impulso del Espíritu Santo, a nuevos compromisos de fidelidad a Cristo, así como a nuevos esfuerzos para construir su Cuerpo, que es la Iglesia (cf. Col 1, 24).

Así que le doy gracias a Dios que nos da la gracia de este encuentro y esta celebración cerca de la tumba del humilde y

glorioso apóstol Pedro, Príncipe de los Apóstoles y el primer servidor de la unidad de todos los cristianos (cf. Juan Pablo II, Cart. enc. *Ut Unum sint*, 94). Habéis venido en peregrinación desde diversos países y continentes para testimoniar vuestra gratitud a Cristo, el buen Pastor (1 Pe 5, 4), para el don de la plena comunión entre vuestra Iglesia y la Iglesia católica: «¡Qué bueno y agradable es que los hermanos vivan juntos!».

3. Fue el 24 de abril 1646 cuando 63 sacerdotes de la eparquía de Mukačevo, reunidos en el Castillo de Užhorod, hicieron una profesión de fe y fueron recibidos en la plena comunión con la Iglesia católica por Jorge Jakuší, obispo de Eger. Este paso dado por vuestros antepasados exigió una larga preparación y fue parte del proceso de reunificación entre las Iglesias promovido por el Concilio de Florencia (1439), que se mostró de manera particular en la Unión de Brest (1595), por la cual los obispos de la Sede metropolitana de Kiev restauraron la comunión con la Sede de Roma. En Užhorod, el clero ruteno fue motivado por una serie de razones, algunas de las cuales estaban relacionadas con los derechos civiles y la libertad de conciencia. Sin embargo, lo más que esperaban estos sacerdotes de la unión con Roma, fue *la confirmación en la fe y la doctrina en un periodo de rivalidades y conflictos confesionales*. Como condición indispensable, insistieron con toda la razón en el respeto y práctica de su propio rito bizantino, bajo la dirección de un obispo de su rito.

Esta unión les ha costado un precio muy elevado. En efecto, siempre han tenido la experiencia de la Cruz. Sin embargo, como fue el caso para san Pablo, cuyas palabras acabamos de escuchar, esto es lo que ha sido vuestra gloria: «En cuanto a mí, ¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo...!» (Gal 6, 14). Gracias a la manera por la cual los fieles rutenos se mantuvieron firmes frente a las sucesivas vicisitudes y tribulaciones, la luz de Cristo siempre brilló con más esplendor en su pueblo, sus familias y sus comunidades en Europa y el Nuevo Mundo. Estoy profundamente conmovido al pensar que se encuentran aquí hoy con el Obispo de Roma, en la comunión de espíritu con sus mártires para dar gracias por las nuevas oportunidades que ahora se les ofrecen. Vuestra Iglesia exultante hoy, mientras que se preparan para una nueva etapa de su peregrinaje de fe. Para ustedes,

el enfoque del Jubileo del año 2000 debe indicar también el comienzo de una nueva era de evangelización y crecimiento.

4. Queridos hermanos y hermanas: vuestra identidad espiritual está íntimamente ligada con *la búsqueda de la unidad de todos los cristianos*. Vuestra vocación es trabajar con amor para el cumplimiento de la ferviente oración que el mismo Señor Jesucristo pronunció en el víspera de su Pascua de sufrimiento y de gloria, «Que sean uno..., como tú, Padre, estás en mí y yo en ti... para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 21). Hagan esto especialmente en sus relaciones con sus hermanos orientales «en primer lugar con la oración, con el ejemplo de vida, con la religiosa fidelidad a las antiguas tradiciones orientales, con un mutuo y mejor conocimiento, con la colaboración y la fraternal estima de instituciones y mentalidades» (*Orientalium Ecclesiarum*, 24).

En esta búsqueda, vuestra guía y reconforte será la Santísima *Theotokos* (Madre de Dios), que veneran con tierna devoción en la Liturgia, y que honran especialmente este año en su Santuario de Mariapocs, en Hungría, con motivo del tercer centenario del Icono de las lágrimas milagrosas que se conservó.

Como se indica claramente en la lectura del Evangelio de hoy, a los ojos de Dios, el pobre y humilde Lázaro será consolado, mientras que el rico hombre, según las leyes de este mundo, permanece en el tormento (cf. Lc 16, 19-24).

Que ustedes, que han sufrido mucho a causa de la fe, *puedan poner toda su confianza en la Divina Providencia que ha guiado siempre sus pasos y no les faltará para hacer frente a los grandes retos que les esperan*. «¡Que la paz y la misericordia sea con todos vosotros!» (cf. Gal 6, 16). Amén.